

SERMON CUADRAGÉSIMO SEGUNDO.

De los esfuerzos del racionalismo para anonadar la vida de Jesucristo.

Jesucristo vivió como Dios, sobrevivió como Dios, preexistió como Dios; preexistió en el pueblo judío, expresó su vida en el Evangelio, y esta triple manera de manifestarse ha dado á su divinidad el imperio de este mundo. Apenas el genio humano le ha conocido plenamente, se ha sentido como abrumado con esta demostracion; y desde Teodosio hasta Luis XIV, en el espacio de mil trescientos años, pareció imposible la discusion contra Jesucristo, en el sentido al menos de que todo el mundo la aceptó como fundamento. Mas pasado ese tiempo, el racionalismo, que habia sido destronado por Jesucristo, ha tratado de revindicar el imperio que habia perdido; ha creído que cubierto por el mar de los siglos todo aquel formidable edificio, se encontrarían algunas probabilidades en favor de la duda y la negacion, y que podían pedirse al siglo XVIII de la era cristiana felices represalias y nuevos juicios contra una doctrina envejecida. De este modo se ha vuelto á encontrar el racionalismo enfrente de Jesucristo, colocado tambien entre la Iglesia católica y el pueblo judío, como entre el ala derecha y el ala izquierda de la verdad; y hase urdido una triple guerra para echar abajo la obra cuya edificacion se habia acabado antiguamente á despecho de los esfuerzos impotentes que iban á renovarse. Pintóse al pueblo judío como una raza vil, innoble, odiosa, indigna de todo crédito y respeto; á la Iglesia católica, como un instrumento de miseria para el pueblo, de esclavitud para las almas, de servidumbre para las naciones y los reyes: yo he defendido, señores, por espacio de muchos años, ante vosotros, á la Iglesia católica; ayer restablecí la verdadera fisonomía del pueblo judío; no volveré, pues, á ninguna de entrambas discusiones. Jesucristo me llama al corazon mismo del combate, de que él es el centro y el gefe. En el fondo, el pueblo judío se componia de hombres, la Iglesia católica tambien, y los hombres, por grandes que sean, aun cuando lleven

en sus corazones el espíritu de Dios, no están exentos de alguna sombra y de alguna flaqueza: no sucede así con Jesucristo. Figura milagrosa por su perfeccion, no sufre, como el Evangelio lo muestra, ninguna duda humana; y si permanece sobre este pedestal sin mancha, en vano el racionalismo lanzará á derecha é izquierda su perdido rayo; Jesucristo, impasible en el centro de la verdad católica, la protegerá toda con su incontrastable divinidad. Era, pues, necesario destruir á Jesucristo, ya aniquilando su vida, ya desfigurándola, ya, por menos, explicándola. Así se ha intentado, señores, y la exposicion de esta triple tentativa terminará nuestras Conferencias de este año. Comencemos por la mas decisiva de las tres, y que tenia por objeto anonadar la vida de Jesucristo.

¿Jesucristo es una quimera ó una realidad? ¿Pertenece á la fábula ó á la historia? Esta es la cuestion. Tal vez os asombrará, señores, y sin embargo es grave; porque hay hombres de talento que han negado resueltamente la existencia de Jesucristo; y otros, sin llegar á tanta audacia, han procurado al menos disminuir la certidumbre de su vida y debilitar con arte su brillo histórico. Trátase, pues, de colocar, ó mas bien, de mantener á Jesucristo en la historia, y para ello debemos inquirir ante todo la naturaleza y las leyes de la historia; porque mientras no las conozcamos, nos será imposible decidir si Jesucristo es ó no una figura histórica. Voy, pues, á tratar de la historia, despues de lo cual veremos si Jesucristo está en ella presente ó ausente.

El hombre vive en el tiempo, es decir, en un elemento singular que le hace á la vez vivir y morir; el hombre camina entre un tiempo pasado que no existe ya, y un porvenir que no existe aun; y si no tuviera la facultad de reunir en sí estos tres estados de su existencia, no haria mas que nacer de continuo sin llegar jamás á poseer la vida. Porque apenas habria dado un paso, cuando el olvido le habria arrebatado su huella; y así, estaria siempre delante de sí mismo como una sombra que sale de la tierra y que se desvanece. Contra este terrible poder del tiempo le ha dado Dios la memoria, por la cual vive el hombre en lo que ya no existe, lo mismo que vive en lo presente; de manera, que resucitando á todas horas, si quiere, sus dias antiguos, se ve en la plenitud de su personalidad, semejante á un edificio cuyos cimientos se han echado sucesivamente, pero que se recorre y descubre todo entero por la vista. Pero la memoria que basta al hombre para vivir, no basta á la humanidad; al paso que el hombre es uno con una memoria que subsiste tanto como él,

la humanidad es múltiple, y su memoria espira á cada generacion, ó á lo menos solo trasmite de ella una débil parte á la generacion siguiente. El padre cuenta al hijo lo que ha visto; el hijo lo repite al nieto; pero á cada grado se oscurece la memoria, y poco á poco la luz de esa tradicion no ilumina ya mas que las lejanas cimas de los mayores acontecimientos. Y aun en esto se degrada al cabo tambien; las líneas se confunden á los ojos de una posteridad que se aleja siempre, y si Dios no mediase para socorrer al género humano que pierde la huella de sí mismo, se le veria permanecer en eterna infancia entre un pasado informe y un porvenir desconocido. Faltaríale constantemente la experiencia, manantial de todos los progresos. No se conoceria la verdad ni el error, ni el bien ni el mal, sino por un combate pueril que comenzaria siempre de nuevo en el mismo punto; espectáculo indigno del hombre, indigno de Dios, en que la verdad y el bien, por falta de una carrera tan grande como son ellos mismos, no podrian desplegar nunca sus caractéres de fijeza é inmortalidad. Dios, que habia provisto por medio de la memoria á la identidad progresiva del género humano, debia evidentemente proveer á la perpetuidad continua del género humano por una memoria conforme á los destinos de este gran cuerpo, es decir, por una memoria que fuese una, universal, cierta, capaz de darle la conciencia total de sus obras desde el principio hasta el fin. Al hablar así, señores, he definido la historia.

La historia es la vida de la humanidad, presente á sí misma como nuestra propia vida nos está presente; la historia es la memoria del mundo. Pero ¡cuántas dificultades para crearla! Dios enciende en nuestra inteligencia una antorcha que ilumina nuestro pasado, porque es nuestra misma inteligencia, una é indivisible; pero ¿cómo dar al género humano, múltiple y dividido, una luz semejante? ¿Cómo darle una memoria inmortal, al que muere cada día? ¿Una memoria inmutable, que no es mas que mudanza; una memoria cierta, al que puede dudar tan fácilmente de lo que no ve? Dios proveyó á ello dándonos la Escritura. Por ella, una cosa dicha una vez, puede ser oída siempre; un espectáculo dado una vez, puede ser siempre visible; ella se apodera de la ola que pasa y la hace eterna. Esto era ya la inmortalidad y la inmutabilidad; pero no era aun la certidumbre; porque lo mismo se escribe lo falso que lo verdadero. Se ha escrito, está bien; pero ¿quién nos asegura la verdad de lo que está escrito? Un hombre hace dos mil años escri-

bió un libro en que refiere cosas de que afirma haber sido testigo; pero ¿dónde está la prueba de que no mintió, y de que la fábula no nos ha llegado vestida con el traje aparente de la historia? No hay duda que la escritura por sí sola no responde á esta pregunta: la historia comienza con la escritura; pero no es la historia en la totalidad de sus elementos. La historia, si la hay, debe mandar á nuestro espíritu con la misma autoridad que todos los poderes que han recibido mision de gobernarlo. Así como hay en el mundo una fuerza moral que no nos permite decir que es lícito al hijo matar á su padre, una fuerza matemática que no nos permite edificar una casa sobre un plano falto de equilibrio, así tambien debe haber en el mundo una fuerza histórica que no nos permita decir á la historia: has mentido. Si esta fuerza no existe, la historia no existe tampoco.

¿Cuáles son, pues, las condiciones de la historia, ó mas bien, cuáles son las condiciones de una escritura histórica? Porque la escritura es el elemento fundamental, persistente, sustancial de la historia. Sin la escritura, solo tenemos tradiciones mas ó menos confusas; pero como la escritura puede engañar, es preciso que conozcamos las condiciones que elevan la escritura al estado de escritura histórica, es decir, al estado de escritura auténtica, cierta, infalible, verdadera. Estas condiciones son tres.

Primeramente, la escritura debe ser pública: todo lo que es secreto carece de autoridad; todo escrito misterioso es un escrito vano, porque no ha sido examinado. Nada es poderoso en este género sino por la comprobacion de todos. El pueblo es el único notario capaz de certificar su propia historia, porque él es la reunion de todas las edades, de todos los pensamientos, de todos los intereses; y una conjuracion popular, para mentir á la posteridad, es un espectáculo que lejos de haberse visto, ni aun puede concebirse. Un hombre forja el error; pero un pueblo tiene demasiadas ideas y pasiones diversas para confabularse con el fin de engañar á los siglos futuros. Por otra parte, un pueblo nunca está solo, vive entre pueblos contemporáneos, cuya historia se halla mezclada con la suya; y aun cuando fuera capaz de una mentira unánime, excitaria inevitablemente la protesta del mismo siglo á cuya vista hubiera inaugurado su complot.

La segunda condicion de la escritura, para llegar al estado de historia, es que verse sobre acontecimientos públicos. Todo hecho que no es público, no es del dominio de la historia, por la razon que

acabo de expresar : porque ¿quién ha visto un hecho que no es público? Un hombre, tres hombres, si quereis; pero la historia no puede descansar en el testimonio de uno ni de tres hombres; eso no es historia, es memoria. La memoria versa sobre hechos privados; al paso que la historia, sobre acontecimientos públicos. Por ejemplo, que Luis XIV conquistó la Flandes, el Franco-Condado, la Alsacia, la Lorena; que agregó estas provincias al reino de Francia, primero con sus armas, despues por medio de tratados, esto es historia; estos son acontecimientos que interesaban á la Francia y á todas las naciones de Europa, y que tuvieron por espectadores á cien millones de hombres. Pero que Luis XIV, en su dormitorio de Versailles, dijera en presencia del duque de San Simon tal palabra que se refiere en los libros de este hombre de ingenio, eso no es mas que una memoria. Sin duda este elemento secundario entra por mucho en la composicion de los anales del género humano, porque no soportariamos relaciones en que solo apareciesen las grandes líneas de la arquitectura histórica; los pormenores privados nos agradan mas aún que los movimientos generales del mundo; se acercan mas á nuestra existencia personal, y hacen bajar hasta nosotros á los personajes mas eminentes de los tiempos pasados. Desnudos por otra parte de la certidumbre solemne de la historia, no siempre están faltos de una sancion grave, aunque de un orden inferior; las acciones privadas se entrelazan con los actos públicos; testimonios numerosos y acordes establecen la relacion de las unas con los otros, y el conjunto camina con un paso que no es demasiado desigual. Con todo, desde que se aspira á la certeza histórica absoluta, es necesario separar los dos elementos, y dar al primero, por esta separacion, toda su fuerza y su esplendor.

La tercera condicion necesaria para elevar la escritura al estado de historia, es que los hechos se coordinen en una trama pública y general. Nada está aislado en los acontecimientos del mundo, sino que estos se enlazan entre sí por un encadenamiento semejante al que liga las ideas en el tejido lógico de un discurso. La historia debe reproducir esta generacion continua de tal modo, que todos los hechos que refiera, entren naturalmente en la série de las cosas cuyo progresivo conjunto constituye la vida del género humano. Un hecho solitario no es un hecho histórico; no se mantiene en pié, está en el aire. Menos aún daremos ese nombre á un hecho que no puede colocarse en la trama general de la historia sin perturbar toda su economía; lo cual es la señal infalible de la

impostura. La fuerza de la historia, como la de todo orden real está en el conjunto y la trabazon. Cuando un hombre está solo, no es nada; cuando un hecho está solo, no es nada. Pero si entra un hombre en sociedad con otros, constituye una familia, un pueblo, todo el género humano. Y del mismo modo, si entra un hecho en sociedad histórica con otros, y no solo con otros, sino con todos los demás, de suerte que sea necesario á la trama general de la historia y que no pueda esta formarse sin ese acontecimiento, entonces no solo tiene la fuerza de un hecho histórico, sino la de la historia entera; es forzoso aceptarlo ó negar la vida total del género humano.

Así, escritura pública, hechos públicos, trama pública, son los tres elementos de la historia; y cuando estos tres elementos se hallan reunidos, afirmo que existe la historia, y que no es posible resistir á la misma fuerza del sentido comun. Con efecto, señores, para que en tal caso fuera falsa la historia, he aquí lo que debería ser posible: sería necesario que exponiendo en público un hombre cualquiera acontecimientos de naturaleza pública, estos sucesos que se suponen falsos fuesen admitidos como verdaderos, y que se enlazasen, no obstante su falsedad, con la trama general de la historia. Pero esto es de todo punto imposible, y nada es mas fácil que probaroslo. Permitidme solamente una suposicion. Supongo que mañana me ocurra publicar un libro reducido en sustancia á lo siguiente: El 1º de enero de 1847, la Francia declaró la guerra á las tres grandes potencias continentales de Europa. Esta guerra tenia por objeto restablecer el derecho de gentes y la fe de los tratados comprometidos por actos violentos. Encontráronse los ejércitos respectivos en las llanuras de Maguncia: la Francia contaba seiscientos mil hombres sobre las armas, y los enemigos tenian un millon. La batalla duró diez dias consecutivos, y el décimo por la mañana se declaró la suerte en favor de los franceses. Los plenipotenciarios de Europa se reunieron en Maguncia, y firmaron un tratado que puso fin á la guerra por medio de una nueva reparticion del continente europeo.

Decidme, señores: ¿creeis probable que esta novela política tuviera probabilidades de engañar á la posteridad? ¿No es evidente que la Francia la acogeria con el mas profundo desprecio? Y si la Francia la aceptase, ¿no es manifiesto que toda Europa se burlaria de ella? Y si por un acto de demencia universal, la Francia y la Europa consintieran en revestirla de una autoridad tan absurda,

¿no es claro que no se lograria introducirla en el tejido de la historia, puesto que en el estado de todos los asuntos contemporáneos, y por consiguiente en todos los venideros, estaria en contradiccion con esa supuesta guerra y ese tratado ficticio? La mentira exigiria para sostenerse una mentira perpetua, y la conjuracion de un solo momento contra la verdad, una conjuracion continuada hasta el día último del mundo. La imposibilidad de tal concurso y de semejante perseverancia en una impostura universal no es solamente una imposibilidad moral, sino una imposibilidad metafísica y absoluta.

Esta imposibilidad, señores, será la misma en cualquiera época de la humanidad á que nos refiramos. Donde quiera y siempre, una escritura pública que refiera acontecimientos públicos que se colocan naturalmente en el curso general de la historia, será una escritura auténtica y verdadera; porque siempre y en todas partes será imposible, en tales circunstancias, engañar al género humano sobre su propia vida, ó conseguir de él que se mienta á sí mismo sin objeto y contra toda razon: y advertid bien, señores, que una vez que exista la historia, no tiene el tiempo el privilegio de amenguar su fuerza, sino que la confirma lejos de disminuirla. Digo desde luego que no la disminuye, y en prueba de ello ved lo que os propongo: Pensad en César, luego en Luis XIV, y procurad discernir si la certidumbre histórica de Luis XIV y la certidumbre histórica de César difieren en vuestro entendimiento en lo mas mínimo. Es evidente que no, y sin embargo, Luis XIV está separado de César por un espacio de diez y siete siglos. Pero estos diez y siete siglos se desvanecen en vuestra inteligencia con la ojeada eléctrica que la lleva súbitamente de uno á otro, y la muestra, no solo que la base histórica de César es la misma que la base histórica de Luis XIV, sino tambien que dudando del primero sería preciso dudar del segundo, puesto que sin César la historia entera perderia su trabazon, y con ella la causa principal de su solidez. Digo mas aun, y es que el tiempo confirma la certidumbre de la historia en vez de disminuirla. ¿Y por qué es esto? Porque el tiempo, á cada paso que da, desenvuelve el lienzo histórico, y entrando cada punto de la historia en participacion de la fuerza solidaria del todo, cuanto mas se aumenta esta fuerza por la mutua repercusion de los sucesos, mas se asienta cada punto particular, y se afirma y se extiende. Así Moisés fué consolidado por Jesucristo; porque si bien Moisés escribió públicamente sobre acontecimientos públicos, la trama de la historia era corta en su tiempo; necesitaba ganar amplitud, y cuando Jesucristo se hubo

colocado en ella, su presencia iluminó el pasado mosáico, como el porvenir cristiano debia tambien resaltar hasta sobre Jesucristo. De donde se sigue, que no hacemos un movimiento á estas horas, sin traer nuevamente á Moisés el brillo de una nueva confirmacion; porque en todo cuanto hacemos, él es quien nos lleva, y nosotros, á nuestra vez, explicamos todo lo que él hizo. El hilo de la historia va y vuelve sin cesar de lo pasado á lo futuro, de lo futuro á lo pasado, y lo que vemos con nuestros ojos será mas claro á nuestra posteridad que á nosotros mismos, porque acabará en el lienzo en que trabajamos, dibujos que no han salido aun de mano del artífice. La historia es como un edificio cuya cima cubre la base; y así como una tierra se afirma á fuerza de ser pisada, así se afirma tambien la historia bajo la planta de las generaciones. En una palabra, una vez fundada la historia, el tiempo, que parecia su mayor enemigo, la protege y la afirma.

¿Pero existe la historia? ¿Todo lo que acabamos de decir es otra cosa que una especulacion magnífica? ¿El género humano conoce su vida? ¿Hay en el mundo una historia del mundo? Esto es preguntar, señores, si existen escrituras públicas, que contengan un largo conjunto de acontecimientos públicos; pero estas escrituras y ese conjunto las teneis á la vista. La humanidad conoce su vida primitiva por algunas tradiciones fundamentales recogidas á tiempo y confirmadas por su universalidad; conoce su vida subsiguiente desde Moisés por una historia no interrumpida que ha ido siempre desarrollándose. Desde Moisés á Herodoto, es la aurora de la historia; desde Herodoto á Tácito, es la mañana de la historia; Tácito es su mediodía, y este mediodía aun dura. Y aun se ha hecho mas resplandeciente de tres siglos á esta parte, merced á un famoso invento que ha aumentado mucho la publicidad é inmortalidad de la escritura. Así como Dios habia dado á nuestros padres la escritura cuando la tradicion corria peligro de oscurecerse, así les dió la imprenta cuando la misma escritura estaba amenazada de olvido y confusion por la excesiva copia de monumentos. La imprenta salvó la historia mil quinientos años despues de Jesucristo, como antes de él habia la escritura salvado la tradicion.

Siendo pues esto así, señores, y existiendo ya la historia por espacio de treinta siglos, la cuestion es saber si Jesucristo está en la historia ó fuera de ella. Yo afirmo que está en la historia, y que ninguno ocupa en ella un lugar mas importante y mas asegurado que el suyo.

¿Qué he de hacer, señores, para probarlo? Claro es que tres

cosas : mostrar que la vida de Jesucristo está contenida en una escritura pública, que es un tejido de acontecimientos públicos, y que entra naturalmente en la trama pública de la historia.

Ahora bien, la vida de Jesucristo se contiene en los Evangelios; y los Evangelios son una escritura pública : esta es mi primera proposición. Pero me atajais inmediatamente y me decís : ¿Qué hay que pruebe que los Evangelios eran una escritura pública? ¿No son estos los mismos Evangelios, y no probais así la cuestión por lo que está en cuestión? Señores, si los Evangelios comenzaran ó fueran toda la historia, difícil sería acaso responder á vuestra interrupción ; pero sin duda no habeis olvidado tan presto, que la historia es anterior á Jesucristo, y Dios, que queria darnos la certidumbre de la historia y los hechos de su Hijo, habia probablemente preparado el terreno en que debíamos hallarle algun dia. Este terreno es la historia, y en el tiempo en que se coloca la vida de Jesucristo, es decir, hácia el de Augusto, la historia tenia en el mundo un estado que no dependia de nosotros. No éramos nosotros los católicos los que hacíamos la historia ; se hacia sin nosotros y contra nosotros ; estaba en manos de nuestros enemigos, y si comenzábamos entonces la historia de la Iglesia, la del mundo se proseguia con arreglo á un plan que no era el nuestro, y en que no se nos reservaba poder alguno. Esta es, pues, la historia que invoco en este momento para mostrar la publicidad de los Evangelios ; y me apoyo ante todo en una observación que creo fundamental : los Evangelios, diré, eran una escritura pública, porque pertenecian á una sociedad doctrinal pública.

Que los primeros cristianos formaban una sociedad doctrinal, es cosa clara en sí ; que esta sociedad era pública, es tambien indudable, y sin embargo importa probarlo rigurosamente, porque todo estriba en esto. Con efecto, se concibe que algunos hombres reunidos debajo de tierra y que predicaban una doctrina secreta, hubieran podido preparar en secreto un libro místico que no hubiera sido objeto de ningun exámen, y que hubiese corrido de mano en mano, ganando autoridad con el tiempo. Pero si la sociedad de los cristianos fué pública desde el principio ; si desde el dia siguiente á la muerte de Jesucristo, sus Apóstoles se mostraron en las plazas de la Judea y poco despues en las del imperio romano, provocando, no una guerra oculta, sino una guerra pública ; si dijeron resueltamente á los judíos : *A Jesus Nazareno, varon aprobado por Dios entre vosotros, con virtudes y prodigios y señales que Dios obró por*

él en medio vosotros, como tambien vosotros lo sabeis ; á este que por determinado consejo y presencia de Dios, fué entregado, le matásteis, crucificándolo por manos malvadas, Dios le ha resucitado (1) ; si conducidos ante todos los tribunales del imperio, cuando se les preguntó : ¿Quién sois? respondieron : Somos cristianos, es decir, hijos de Cristo que ha sido muerto, pero á quien el brazo de Dios, mas poderoso que todas las conjuraciones del hombre, ha sacado de su tumba y ha elevado para que sea eternamente la cabeza y el gefe de todas las naciones ; si esto dijeron, si es cierto que lo dijeron, cierto no solo por escritos venidos de nosotros, sino por escritos procedentes de extraños, de nuestros enemigos, por una multitud de monumentos, con razon podré concluir, que la sociedad cristiana fué en su principio una sociedad pública, y que á diferencia de tantas cosas que se preparan bajo tierra, porque no tienen fe en su fuerza y legitimidad, la Iglesia católica comenzó públicamente como ha continuado públicamente.

Llegaremos á la prueba, y oid á Tácito, el mas célebre de los historiadores ; á Tácito, encargado por Dios de grabar en la historia el acta de nacimiento y el acta de muerte de su único Jesucristo. Veinte y siete años despues del gran drama del Calvario, tuvo Neron el capricho de incendiar á Roma, y para cubrir el horror de esta acción abominable, hizo prender, dice Tácito, á una *inmensa multitud de hombres : ingens multitudo*. ¿Qué hombres eran esos? Tácito va á definirlos : Eran hombres á quienes llamaba el vulgo, *cristianos : quos vulgus christianus appellabat*. Notad esta palabra *vulgus* ; veinte y siete años despues de la muerte de Jesucristo, el nombre de sus discípulos era vulgar en Roma, capital del mundo. ¿Pero qué eran los cristianos? Tácito nos lo va á decir : El autor de este nombre era Cristo : *auctor nominis hujus Christus*. Ya lo oís, señores, ya lo oís, y la fecha de este texto, que nadie ha negado nunca, es auténtica, está marcada por el incendio de Roma, el año de 64 de la era cristiana, es decir veinte y siete años despues de la muerte de Jesucristo. ¿Pero es esto todo? No, señores, vais á oír mas, vais á oír el símbolo de los Apóstoles escrito con la pluma y con la tinta de Tácito. El historiador tenia que decir lo que era Cristo, y continúa así : *El autor de este nombre era Cristo, quien bajo el reinado de Tiberio fué condenado á muerte por el procurador Poncio Pilato : Auctor nominis hujus Christus, qui Tiberio imperante, per procu-*

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 2, vers. 22, 23 y 24.

ratorem Pontium Pilatum supplicio affectus erat. Lo repito : ¿es Tácito quien habla, ó es el símbolo de los Apóstoles? El símbolo apostólico dice : *Qui passus est sub Pontio Pilato.* Tácito dice : *Qui per procuratorem Pontium Pilatum supplicio affectus erat.* Es ciertamente Tácito, un extraño, un profano, un hombre, que al escribir estas cosas en un bronce indestructible, ni aun sabia lo que decia. ¿Y qué decia de los cristianos, de aquella muchedumbre inmensa á quien el vulgo apellidaba cristianos? Decia de ellos lo que sigue, siempre en el mismo texto : *Esta supersticion detestable, reprimida por el momento, hacia nueva irrupcion, no solo en la Judea, origen de este mal, sino hasta en Roma : Repressaque in præsens exitialis superstitio rursus erumpebat, non modo per Judæam originem hujus mali, sed per urbem etiam.* ¿Qué texto, señores, qué precision, qué de cosas en dos líneas! Así, pues, veinte y siete años despues de la muerte de Jesucristo, los cristianos formaban en Roma una multitud inmensa; eran conocidos del vulgo por su verdadero nombre; aun antes de aquella época, habian ya sido reprimidos por la autoridad pública; pero esta repression no les impedia propagarse con tal poder, que Tácito le da el nombre de una irrupcion; comparecian ante los tribunales, y daban en ellos testimonio de su fe; porque Tácito añade que fueron aprehendidos *confesos* : *primo correpti qui fatebantur.* Eran odiosos á todos, *invisos*, y sus costumbres eran tan diversas de las costumbres generales, que, segun observa el historiador, *no tanto fueron convictos de incendio, como de odio al género humano : haud perinde in crimine incendii, quam odio humani generis convicti sunt* (1). Y Tácito sabia todo esto; estaba informado de la vida de Jesucristo; conocia á Poncio Pilato; tenia presente el drama del Calvario.

¿Queréis otra prueba de la vida pública de los cristianos desde el origen del Cristianismo? Dios y la historia no os la rehusarán. El año 98 de la era cristiana, sesenta y un años despues de la muerte de Jesucristo, sube Trajano al trono, y la historia nos trae una carta de uno de sus procónsules acerca de los cristianos, del procónsul de Bithinio y del Ponto, Plinio el jóven, hombre célebre. Porque observad, señores, que cuando Dios quiere escribir la historia, no es inhábil en elegir sus historiadores. Ahora mismo estábamos con Tácito; hé aquí ahora á Plinio el jóven, en una carta oficial dirigida á Trajano. Escribe al emperador consultándole acerca del

(1) Annal. lib. 15.

modo cómo debe proceder contra los cristianos, porque, « nunca he asistido, dice, á este género de causas, y no sé qué es lo que se acostumbra á inquirir y castigar en ellas, ni en qué grado. No es, pues, poca mi perplejidad por saber si debe ó no tomarse en cuenta la diferencia de las edades; si debe perdonarse el arrepentimiento, ó si es inutil dejar de ser cristiano, ó si basta el haberlo sido; si lo que se persigue es el nombre, aun exento de crímenes, ó son los crímenes inherentes al nombre. » ¡Qué preguntas, señores, de parte de un hombre de talento y de un hombre de bien! ¡Un nombre culpable! ¡Crímenes inherentes á un nombre! ¿Pero qué queréis? Plinio encontraba en su camino hábitos ya inveterados contra una sociedad de hombres que estaban en lucha abierta con el imperio romano, y hasta en los absurdos que dice, se vé el deseo de ser lo mas humano posible sin desagradar el emperador. Su carta se termina con la observacion de que, « gran número de personas de toda edad, de toda clase y todo sexo, se hallaban comprometidas, y que otras lo estarian mas adelante; que no solo las ciudades, sino las aldeas y los campos, estaban inundados de aquella supersticion contagiosa; y en fin, que los templos desolados, y las ceremonias por largo tiempo interrumpidas, comenzaban á revivir, gracias á las persecuciones dirigidas contra los cristianos. »

Esta pintura, señores, junta á la de Tácito, no deja duda alguna acerca del punto capital que nos ocupa, á saber : que desde el origen del Cristianismo, vivian los cristianos en una sociedad públicamente constituida. Y por otra parte el mismo resultado que obtuvieron al cabo de tres siglos, es una prueba superabundante de lo que decimos. Al cabo de tres siglos, los cristianos fueron dueños del imperio romano; llevaron al trono al primer César que abrazó su fe, y no contentos con este prodigio de su poder, dijeron á Constantino : Retrocede hasta el Bósforo, porque aquí, en Roma, debe asentarse la silla de San Pedro, el pescador de Galilea. Y Constantino obedeciendo instintivamente á este precepto tácito de la Providencia, fué á llevar hasta las riberas del Euxino una prueba todavía subsistente del advenimiento social de Jesucristo. Ahora bien, señores, ninguna sociedad secreta ha sido capaz nunca de semejante triunfo. Todo lo que comienza en la sombra acaba en la sombra. Cuando se os habla de una sociedad secreta, es como si se os dijera que se ha asociado la nada. Sin duda esos complots tenebrosos podrán trabajar sordamente, conmover los fundamentos de los Estados, preparar dias de ruinas; pero nunca llegarán á la vida reglada